

cedernos sus beneficios. Pidámosla que nos socorra en todos los sucesos y en todos los peligros de la vida; supliquémosla que vele sobre nosotros en todas nuestras acciones y en todos nuestros accidentes; roguémosla que nos proteja contra las asechanzas de nuestros espirituales enemigos; digámosla que en el tiempo de nuestra última enfermedad, en la hora de nuestra muerte, y en los momentos de nuestra agonía, nos cubra con el manto de su poderosísimo patrocinio. Magnánima y piadosa, la bienaventurada Virgen nos concederá también las gracias concedidas á los Santos que nos precedieron, las gracias que está dispuesta á conceder á cuantos nos siguieren, las gracias que con plena confianza pueden esperarse siempre de su material bondad.

DISCURSO XIII.

MISERICORDIA.

Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est.

Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. (Luc. VI, 36).

Entre las infinitas perfecciones de Dios una hay, que brilla para nosotros más luminosa sobre su frente, y ésta es su misericordia. Su omnipotencia nos aniquila, su sabiduría nos deslumbra, su justicia nos espanta, su eternidad nos confunde; pero su misericordia abre nuestros corazones á la esperanza, impeliéndonos, pecadores como somos, á arrojarnos arrepentidos entre sus brazos, y cuando justos, á continuar observando sus divinos preceptos. ¡Oh! si para explicaros su grandeza pudiese con mis palabras elevaros hasta la fuente viva de los divinos afectos, poner de manifiesto el corazón del Señor, é introducir por un momento en aquel abismo infinito de caridad; ¿cuál no sería, carísimos hermanos, vuestra admiración, y en qué éxtasis de confianza y de amor no os sentiríais deliciosamente arrobados? Ni recordándoos las culpas cometidas, y aún pensando que frísteis manchados en los primeros años, y encenegados en los vicios, tendríais que temer que no sucediera esto con vosotros. También para vosotros está reservada la paz de los escogidos, con tal que deseéis gozar verdaderamente de ella; también para vosotros están preparadas las gracias de la misericordia, con tal que corraís á refugiaros en su piadoso corazón. Todos serán acogidos, nadie quedará excluido, para todos hay perdón y salud.

Si con enormes ingratitudes hemos provocado la divina justicia, no nos atrevemos á presentarnos á la divina misericordia, para ser por ella favorablemente acogidos, se nos ofrece otra: la misericordia de la Virgen

santísima. ¡Oh misericordia de María, áncora de nuestra confianza, puerto de los naufragos, salvacion de los delincuentes! no sé nombrarte sin lágrimas de júbilo y de dulzura. Por Ti seremos escuchados, á pesar de nuestra indolencia, seguidos en nuestra fuga; y por más que háyamos sido indóciles y perversos, la divina misericordia nos concederá el ósculo de paz, mediante una saludable conversion. Estas dos misericordias, hermanos míos, la de Dios, y la de María, que en su grandeza sobrepujan inmensamente á toda humana concepcion, formarán el asunto del presente discurso. ¡Ojalá, que humedecieran mis lábios el néctar y la eficacia celestiales ahora, que voy á desarrollar este tema consolador, para que ninguno de cuantos habeis venido á escucharme, saliera del templo sin conmoverse y enternecerse, entregados en brazos de la misericordia de María, para arrojarse luego con filial valor entre los brazos de la misericordia de Dios! Saludémosla ántes con el Angel. A. M.

La misericordia puede entenderse de dos maneras: hay una misericordia que verdaderamente se compadece y aflige de las miserias ajenas, y otra que tiene el ánimo dispuesto y pronto á socorrerlas. En el primer caso, está claro que la misericordia no compete á Dios, pues siendo sumamente feliz, no puede padecer; y no pudiendo padecer, no puede sentir verdadera afliccion y compasion de nuestros males; pero sí, en el segundo caso, porque siendo sumamente bueno, no puede ménos de socorrer nuestras necesidades. Esta es la misericordia á que me refero; y á fin de que podais formaros alguna idea de ella, escuchad algunos hechos sacados de los sagrados libros para nuestro consuelo y enseñanza.

Una vez, la esposa, según se lee en el libro de los Cantares, fué infiel á su Amado. Se alejó de él, se entregó á gozar de las criaturas, sacó agua de cisternas inmundas, probó manjares inmundos, y léjos de pensar en volver á aquel corazón, que tanto la amaba, proseguía correspondiéndole con obstinada ingratitud. Sin embargo, el Amado no la abandona; ve sus traiciones, y no por eso deja de amarla entrañablemente; conoce sus fealdades, y con todo no sabe olvidarla; considera su inconstancia, sus vicios, su perversidad, y no obstante, corre trás ella, con tanta mayor solicitud, con cuanta mayor insolencia huye de Él aquella infeliz. Luego la llama con una voz dulce, que conmueve el corazón, y capáz de enternecer á las piedras; y acercándose á ella la dice: Abreme, hermana mía, ábreme; aún soy tu esposo, todavía te amo, te deseo, estoy dispuesto á acogerte

en la antigua amistad, y reclamarte á nueva vida (1). Ahora bien: del propio modo que el Amado hablaba á la esposa infiel, Dios habla al alma extraviada; y si se considera, que para ganar su afecto y procurar su salvacion se humilla hasta emplear las mismas expresiones de los amantes de la tierra, no puede dudarse por cierto de su misericordia.

En otra ocasion, un gran príncipe cometió dos graves culpas. El desventurado no reflexionó, que Dios le había sacado del campo, donde guardaba rebaños, para consagrarle rey de su pueblo; ni que le hubiese salvado del furor de un poderoso, y dádole el cetro de aquel irritado enemigo, con todos sus bienes y riquezas. Llevado de la pasion, olvidó que había sido bueno en medio de los campos y de las selvas, en los antros y en las cuevas; ni que, con su edificante vida casi por espacio de veinte años, hubiese logrado adiestrar las milicias, vencer á los enemigos y establecer la floreciente prosperidad del reino. Reo de horrendos delitos, no despierta de su letargo, no llora, no detesta las iniquidades cometidas, no busca la paz de la conciencia en el arrepentimiento. ¿Qué hará, pues, Dios para convertirle? Oid, hermanos míos; Dios manda un profeta á este príncipe, y le dice: Señor, invoco vuestra justicia. Dos hombres hay entre vuestros vasallos, el uno rico, el otro pobre, aquél dueño de muchos rebaños, y éste no tenía más que una ovejita. Mas habiendo llegado un huésped á casa del rico, éste no quiso tocar á sus rebaños, sino que quitó la ovejita al pobre, y aderezóla para dar de comer al forastero. Es un pérfido, exclamó el rey, es un malvado, y morirá en castigo de lo que ha hecho. ¿Quién es este malvado? Este hombre eres tú, contestóle el profeta; eres tú mismo, que enriquecido por el Señor con tanta fortuna, has robado á un miserable lo único que poseía. A esas palabras, arrepentido el príncipe, confesó su pecado, y al punto oyó que se le concedía la gracia del perdón (2). ¿Y no os parecerá grande una misericordia, que llega á tales piadosos artificios para alcanzar la conversion de los pecadores?

Otra vez peca todo el pueblo hebreo. A pesar de haber sido prodigiosamente libertado del yugo de los tiranos, asistido en medio de los peligros del camino, protegido en los riesgos de las batallas, provisto de todo y favorecido de mil maneras, se rebela contra el celestial bienhechor. La justicia divina pide el inmediato castigo del

(1) CANT. V, 2.

(2) II. REG. XII, 13.

hombre perverso, y provoca los rayos para aniquilarle. No obstante, Dios la suspende, aguarda con paciencia, invita al pecador con secretas inspiraciones, y le estimula con remordimientos interiores, anhelando el instante de poder arrojarse al cuello para darle repetidas pruebas de amor. El hombre no perdona al hombre que le ha ofendido. Teodosio, uno de los más piadosos césares, condenando al hierro y al fuego una ciudad entera, lava con ríos de sangre un ultraje cometido en la persona que le representaba; pero Dios, léjos de vengar inmediatamente con justos castigos su honor vilipendiado, quiere, por el contrario, que el extraviado vuelva á Él para colmarle de inefables caricias. ¿Quién, despues de reflexionar en esa conducta divina, podrá dejar de admirar una misericordia tan magnánima para con los desertores y los fugitivos de su grey?

Registrad, hermanos carísimos, las páginas de los Libros santos; y donde quiera leereis expresiones tiernísimas, con las cuales la divina misericordia ofrece el perdón á los pecadores, corre en pós de los que la ofenden, y se declara ansiosa de conceder la paz á los delinquentes. Dice á los impíos, que abandonen sus caminos, y vuelvan al Señor para restablecer con Él la interrumpida amistad (1); á los perversos, que se conviertan, abandonando los pastos nocivos por los saludables (2); á los infucos, que hagan penitencia para vivir días de gracia y de amor (3). Se lee en Ezequiel, que no solo perdonará al pecador todas sus iniquidades, sinó que ni se acordará de ellas (4); en Isaías, que por cuanto tengan los pecadores de enorme y de escandaloso, serán más blancos que la nieve (5); en Jeremías, que por innumerables que sean las culpas de las almas, las aguarda con amorosa impaciencia (6). En una parte hallareis, que no quiere la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva (7); en otra, que una madre podría olvidarse de sus hijos, pero que Él jamás podrá olvidar á un alma, por ingrata que haya sido (8); y, finalmente, que una vez confesadas, ya no se acuerda de las pasadas iniquidades (9). Así, pues, os será fácil comprender con cuanta razon viese Moisés en la

- (1) ISAÍAS, LV, 7.
 (2) JER. III, 22.
 (3) EZEQUIEL, XVIII, 30.
 (4) EZEQUIEL, XVIII, 22.
 (5) IS. I, 18.
 (6) JER. IV, 14.
 (7) EZEQUIEL, XXX, 11.
 (8) JER. XLIX, 15.
 (9) MICH. VII, 19.

misericordia de Dios una multitud de misericordias (1); y que David, reconociendo que entre las portentosas obras divinas las más estuendas eran las de misericordia (2), quisiera cantarlas eternamente (3).

En verdad, si no se supiese, que Dios ninguna necesidad tiene de los hombres, considerando todo cuanto hace por la conversion de los pecadores, se creería que de esta conversion había de sacar Él especial provecho. Mucho más de lo que haría un amo, cuantas veces dependiese su tranquilidad de la vuelta de su siervo; muchísimo más de lo que haría un monarca, siempre que de la sumision de un súbdito dependiese el sosiego de su imperio, hace Él para perdonar al pecador que le ha ofendido, y perdonarle instantánea y enteramente. A pesar de que el atentado que comete el hombre ofendiendo á Dios, es un crimen que provoca torbellinos de rayos; á pesar de tantos justos motivos como asisten á Dios para vengarse, y sentir en sí mismo tantos estímulos que le incitan á ser riguroso, cuantos son sus propios atributos; sin embargo, no se venga, no castiga, sinó que disimula la culpa, hace como que la ignora, y aguarda días, semanas, años y lustros, para que la laven y limpien las lágrimas del arrepentimiento. No calla; al contrario, habla para incitar á penitencia al pecador, y decirle, que desea con ánsia darle el ósculo de paz. Y para conseguirlo, ora infunde en su ánimo un saludable temor, ora le espanta con la repentina muerte de un amigo; y lo mismo cuando le abate con un golpe de adversa fortuna, como cuando le colma de beneficios, no le pierde de vista, y siempre está dispuesto á tenderle la mano para levantarle de su miserable condicion. ¿Qué más podría hacer si de esto le resultase algun acrecentamiento de gloria, ó si de ello dependiese su mayor ó menor beatitud?

Además; es preciso confesar, que la divina misericordia, en los primitivos tiempos, hallaba algun obstáculo para manifestarse en la plenitud de sus benignidades. Aunque nada le faltase para ser generosísima, y fuese efecto de su bondad la tierra que sostenía á los hombres, el aire que respiraban, el sol que calentaba sus miembros, la lluvia que regaba sus campos, y todo cuanto alimentaba sus bienes, sus esperanzas y su vida; sin embargo, entre tantas gracias traslucían de vez en cuando los rayos de su justicia. Por espacio de cua-

- (1) EXOD. XXXIV, 6.
 (2) PSL. CXLIV, 9.
 (3) PSALM. LXXXVIII, 2.

renta siglos se llamó el Dios de los ejércitos y de las venganzas, el Rey excelso y terrible; por una série tan larga de siglos se rodeó de truenos, de rayos, de aterradoras tinieblas y de imponente oscuridad; con torrentes de fuego arrasó Pentápolis; con guerras sangrientas derramó horribles males sobre su pueblo protervo; y en las aguas asoladoras del diluvio ahogó á todo el humano linaje, salvándose únicamente del general naufragio una sola familia, la familia de Noé. En los novísimos tiempos, despues de verificarse la Encarnacion del Verbo, fué cuando la misericordia apareció sin nubes, bella y radiante. Primeramente, apareció la divina omnipotencia en la creacion del mundo, la divina sabiduría en el gobierno de las cosas criadas, la justicia divina en el castigo de los culpables; pero el reinado de la misericordia no apareció sinó cuando, segun los vaticinios de los Profetas, descendió del Cielo á la tierra el Reparador de la humanidad, el Hijo del Altísimo.

A esta misericordia, la más amplia que Dios podía usar para con los desgraciados descendientes de Adán, concurrió la Santísima Virgen. En efecto; por mediacion de María vino al mundo el Redentor, tan largo tiempo esperado y deseado con tan ardentísimas ansias. Sin duda quería el Señor consolar con esta infinita piedad á los hombres perdidos por el pecado; pero como los hombres, con nuevos pecados, se hacían cada día más indignos de ella, difería más y más la prometida y decretada misericordia. Apareció María; y le suplicó Ella con voces tan vivas, tan fervorosas y vehementes, que no pudo diferir por más tiempo; y entónces floreció la vara de Jesé, y la tierra tuvo su Salvador. Hé ahí porque los Profetas de Sion, previendo de léjos el día en que Sion debía levantarse del polvo, al mismo tiempo que suplicaban al Eterno que se acordase de sus palabras, y enviase al Justo por excelencia, le pedían igualmente que enviase á aquella Virgen, de la cual debía nacer el Deseado de las naciones, la esperanza, la salvacion y la gloria del Universo.

María, no solo hizo manifiesta la divina misericordia, porque la trajo del Cielo á la tierra, sinó tambien porque dando la carne y sangre al Unigénito Hijo del Altísimo, le dió todo el sér humano, y con el sér humano la posibilidad de mostrarse compasivo y piadoso. Antes de la Encarnacion, la misericordia, dice el Angélico, estaba especulativamente en Dios, en la inteligencia y no en el corazón, puesto que no había experimentado nuestras miserias, ni nuestros males. Despues de la Encarnacion, despues de haber tomado nuestra naturaleza, y colocádose con ésta en condicion de probar nuestras angus-

tias, y de sufrir nuestras adversidades, se colocó tambien en la condicion de compadecerse de nuestras desgracias. Era menester, dice S. Pablo, que el Hijo de Dios, hecho hombre para redimir al hombre, cargase sobre sí con todas nuestras flaquezas y enfermedades para cumplir en nosotros la obra de su misericordia (1). Logró este objeto por medio de María: María le dió un cuerpo igual al nuestro; y, por consiguiente, María le puso en estado de compadecer y enternecerse á favor de aquellos que necesitan de su ternura y de su compasion.

Si María movió á Dios á mostrarse lleno de misericordia en provecho de los hombres; ¿quién podría ponderar de cuánta ternura la llenó Dios á favor de los mismos hombres? En verdad, por más que ninguna necesidad tenga de intercesores para colmarnos de bienes, quiere Dios que los Justos rueguen por los pecadores, y que los Santos, seguros de su beatitud, se interesen en provecho nuestro. Habiendo querido esto de los Justos y de los Santos, con mayor motivo ha debido quererlo de Aquella, que desde el primer instante de su concepcion apareció Maestra de los Justos y Reina de los Santos. Por lo tanto, no pudiendo dudarse de que derramára en los Justos sentimientos piadosos para con los infelices, tampoco puede dudarse de que derramase con profusion extraordinariamente más abundante los mismos sentimientos en la augusta Mujer que se escogió por Madre. La teología católica tiene por sentimiento comun, que la divina gracia formó en el corazón de esta Virgen virtudes tan excelentes, tan nobles y tan admirables, que ninguna fuerza criada podría igualar. Considerando esto San Bernardo, decía: que las entrañas de María fueron tan misericordiosas, que se transformaron en entrañas de misericordia (2).

Al aparecer la aurora de la Redencion y de la nueva Eva, que concibió por obra del Espíritu Santo al divino Redentor, no hay lengua humana que pueda dar ni siquiera una simple idea de la misericordia que la Madre transmitió al Hijo, y el Hijo á la Madre. La Madre transmitió al Hijo el propio temperamento de afabilísima dulzura, y el Hijo á la Madre el ardor de la caridad con la cual se ofreció para la salvacion de los hombres. La Madre, formando con su purísima sangre el cuerpo de su Hijo, le disponía para sacrificarse por los desheredados de la mansion celestial; el Hijo, que venía para

(1) HEBR. II, 17.

(2) Serm. IV, sup. Miss.

cumplir la obra de reparacion, asociaba la Madre á su ministerio reparador. La Madre imprimía en el Hijo todo cuando la impulsaba á reparar las humanas miserias; y el Hijo á la Madre todo cuanto le indujo á hacerse hombre para curar las enfermedades del humano linaje. La Madre incitaba al Hijo para que se mostrase mediador entre Dios y los hombres; por su parte el Hijo imprimía en la Madre con una auréola de gloria el augusto carácter de mediadora. La Madre quería que el Hijo se apresurase á reparar la obra que la culpa había destruído; á su vez el Hijo quería que todo cuanto se reparase, se hiciese por medio de la Madre. En una palabra, quedó establecida entre el Hijo y la Madre una íntima union, la más cabal correspondencia de pensamientos, de afectos, de sentimientos y de deseos; de suerte, que con toda razon, guardada siempre la proporcion debida entre la criatura y el Criador, puede decirse: que la misericordia de María era la de Jesús, y que la de Jesús era la misericordia de María.

En medio de las continuas tempestades de la vida presente, en medio de los innumerables peligros que se encuentran en el camino de la salvacion, y de las tentaciones de los enemigos espirituales, el mejor refugio, el más eficaz consuelo es para nosotros, carísimos hermanos, confiar en la misericordia de que os he hablado. De esta misericordia, no mediando obstáculo por nuestra parte, recibiremos luz que aleje nuestras tinieblas, vigor que sostenga nuestras fuerzas, y patrocinio que en nuestras miserias consuele nuestras incesantes aflicciones.

Recibiremos luz que alejará nuestras tinieblas. Josafat, rey de Judá, asaltado por formidables ejércitos, no sabiendo que partido tomar, se dirigió á Dios para evitar un tremendo exterminio (1); y al punto Dios le dió á conocer por medio de un profeta, que no le faltaría el socorro celestial (2). Del mismo modo, asaltados por nuestros espirituales enemigos, mundo, demonio y carne, acudiendo á Dios con filial confianza, su misericordia nos proveerá de la luz necesaria para disipar nuestras dudas, acerca de los medios que deben emplearse para triunfar en la lucha.

Tendremos vigor que sostenga nuestras fuerzas. Jonás, atemorizado por los horrores de una aterradora tormenta, y perdido el valor á vista del inminente peligro, viendo próximo el naufragio, se

(1) PARALIP. XX, 12.
(2) IBID. 17.

acuerda de Dios, se recomienda á Él, é invoca su bondad (1); y de improviso se cree más seguro entre las fauces de una ballena que en el seno de una nave. Del mismo modo nosotros, azotados por las tempestades mundanas, acudiendo á Dios, nos sentiremos fuertes con la fuerza que se nos comunicará de lo alto, y enriquecidos por su misericordia de todo cuanto puede salvarnos entre el bramido atronador de las pasiones.

Tendremos patrocinio que en nuestras miserias consuele nuestras incesantes aflicciones. Job, oprimido por gravísimos males, trabajado por la pérdida de bienes, de hijos y de la salud, cuando todo le falta á su alrededor, y tiene enemigos en la mujer y en los familiares, asegura que ni la misma muerte le quitará del corazon su confianza en Dios (2); y ve convertida en próspera su adversa fortuna, y á las más horribles desgracias suceder la más risueña prosperidad. Del mismo modo, obligados muchas veces á gemir en las amarguras, acudiendo á Dios y abandonándonos enteramente á Él, seremos consolados por su misericordia en las más penosas angustias con las gracias más saludables.

Y nosotros podremos con mayor confianza asegurarnos estas luces, estas gracias y estos consuelos, invocando la misericordia de Dios, é interponiendo cerca de ésta la misericordia de Jesús y la de María. Hé ahí, hermanos míos, lo que cubre con invencible escudo las ciudades y las provincias, lo que detiene los torrentes de la divina justicia, prontos á tragar la tierra para consumir las iniquidades, y lo que acumula sobre los hombres torrentes de beneficios; hé ahí lo que despues de nuestros extravíos nos asegura el tiempo de acudir á penitencia, corrigiendo con una vida nueva los desarreglos de la vida pasada. Ánimo, pues, hermanos míos: cualesquiera que sean nuestras miserias, lleguémonos con confianza al trono de la gracia á fin de alcanzar misericordia (3); esto es, acerquémonos á Jesús y á María para obtener los consuelos, los auxilios y los socorros necesarios que la divina misericordia reparte abundantemente.

(1) JON. II, 8.
(2) JOB. XIII, 15.
(3) HEBR. IV, 16.